

Massimo L. Salvadori

Breve historia del siglo xx



Alianza editorial

El libro de bolsillo

Título original: *Il Novecento: Un'introduzione*. [Esta edición se ha publicado por acuerdo con la agencia literaria Marco Vigevani Agenzia Letteraria]
Traducción de Josefa Linares de la Puerta

Primera edición: 2005
Segunda edición: 2013
Segunda reimpresión: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Aficionados de Zambia viendo un partido de fútbol televisado (1993)
© Gideon Mendel / Corbis/ Cordon Press
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2010, Gius. Laterza & Figli. All right reserved
© de la traducción: Josefa Linares de la Puerta, 2005
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2005, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-7578-7
Depósito legal: M. 9.171-2013
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Prólogo
- 15 1. El siglo xx como periodo histórico
- 21 2. La crisis de la centralidad europea, las guerras mundiales y la redistribución del poder mundial
- 43 3. El triunfo del industrialismo y sus dilemas durante la primera mitad del siglo. El desarrollo del estatismo
- 55 4. Los distintos modelos de respuesta a los conflictos sociales
- 64 5. Los conflictos políticos y el gobierno de los hombres en la época del imperialismo, de los totalitarismos y de la revolución bolchevique
- 88 6. Una época de potencia tecnológica, de inseguridad y de violencia
- 102 7. Las grandes transformaciones geopolíticas de la época de la Guerra Fría
- 128 8. La liberación de los países colonizados y el Tercer Mundo
- 136 9. Características y significado del enfrentamiento «Oriente»-«Occidente»
- 145 10. La sociedad occidental durante los treinta años del «gran desarrollo»: *boom* económico, democracia y Estado de bienestar

154	11.	El proceso de emancipación de la mujer en el mundo desarrollado
161	12.	Un hito en la historia mundial: la integración de la Europa occidental
167	13.	El fracasado desafío del mundo comunista a Occidente
185	14.	El proceso de laicización, el despertar religioso y la reacción del fundamentalismo islámico
192	15.	La caída del mito del progreso, los ambiguos triunfos de la ciencia y de la técnica, la alarma ecológica y demográfica
197	16.	La elevación de los Estados Unidos a la categoría de única superpotencia
203	17.	La «globalización», la crisis de los sistemas estatales tradicionales, los nuevos problemas del gobierno del mundo y el fin de los conflictos sociales e ideológicos tradicionales
217	18.	Algunas reflexiones para concluir. Las ambigüedades del «largo siglo xx»
243		Notas
253		Índice onomástico

Prólogo

Si el presente ensayo puede cumplir alguna función útil no es la de proporcionar una síntesis, siquiera breve, de la historia del siglo XX. No son ésas ni su finalidad ni sus características. Bastará con que el lector eche un vistazo al índice o repase las páginas del libro para que caiga en la cuenta de que éste no presenta una estructura narrativa de los hechos que responda a una ordenación sistemática o a un intento de exhaustividad. Por el contrario, se trata de una introducción a ciertas grandes cuestiones, organizada en torno a núcleos esenciales de indagación y reflexión que el autor considera importantes para extraer un hilo rojo o, si se quiere, un «significado» predominante, que, a su parecer, distingue al siglo pasado de todos los periodos anteriores. Trataré de aclararlo con algunas notas rápidas.

Me encuentro entre los estudiosos que consideran que el XX fue un «siglo largo», incluso el más largo de la his-

toria, porque nunca el mundo cambió tan rápida, profunda y ampliamente en cien años, hasta el punto de que una persona nacida a comienzos de 1900, que cerrara los ojos a finales de siglo, habría vivido varias «vidas históricas» durante su existencia física. Si los cambios políticos y geopolíticos resultaron impresionantes, más lo fueron los que produjo el desarrollo económico y más aún los derivados del progreso de la ciencia y la tecnología, de modo que la actividad humana creó varios mundos nuevos en el marco del mundo único creado por la Naturaleza.

He sostenido que el siglo XX fue una centuria de violencias y tragedias nunca vistas. Hegel ya había calificado el pasado de carnicería universal, pero la expresión no fue nunca tan verdadera como durante el periodo que nos ocupa. Convendrá añadir enseguida que las violencias y las tragedias del siglo XX se debieron no sólo a la crueldad de los conflictos políticos, sociales, religiosos, étnicos y raciales o al horror de las guerras –dimensiones de la vida en sí mismas muy antiguas, aunque concebidas y vividas de un modo del todo nuevo–, sino al hecho de que los seres humanos y sus Estados dispusieran del inmenso poder aniquilador de los instrumentos que les proporcionaron la ciencia y la tecnología. Si antes del siglo XX ese poder se mantenía dentro de ciertos límites, y por tanto la agresividad humana se manifestaba relativamente contenida en sus efectos, a partir de entonces se desarrolló contando con un potencial destructivo capaz de superar todo lo imaginable. De ahí la gran violencia que ha caracterizado al siglo, cuyos puntos culminantes fueron las matanzas cometidas en las dos gue-

rras mundiales y en otros grandes enfrentamientos bélicos, el terrorismo de los regímenes totalitarios y sus campos de exterminio, el holocausto judío y el lanzamiento de las bombas atómicas sobre Japón. El significado humano y simbólico de semejante violencia imprimió un sello indeleble al siglo XX.

Con el estallido de los conflictos que culminaron en la muerte de decenas y decenas de millones de seres humanos y en la aniquilación espiritual y física de minorías humanas y aun de pueblos enteros, las conquistas de la ciencia y de la tecnología, puestas al servicio de la destrucción, redujeron a mera ilusión aquel mito del progreso ilimitado nacido en el siglo XVIII y convertido en una creencia tan extendida como gratificadora durante el XIX, cuando se cultivó la idea de su necesidad y de su carácter inevitable. El siglo XX fue la época de la duda radical y de la posterior caída del mito. Una de las contribuciones definitivas a esa caída se produjo en los últimos decenios del siglo con la alarma medioambiental, es decir, con la toma de conciencia, cada vez más intensa aunque nunca acompañada de soluciones serias, de que el precio del desarrollo económico y de la explotación indiscriminada de los recursos naturales es una amenaza a la existencia humana en sus fundamentos mismos.

Por otra parte, y a pesar de las citadas características, el siglo XX también ha tenido otras de signo distinto e incluso opuesto. Centenares de millones de personas se han visto libres de la servidumbre colonial; grandes masas se han incorporado al proceso de participación política; los sistemas democráticos, con todos sus defectos, han resistido los ataques del autoritarismo y del totalita-

rismo y se han extendido por el mundo; han mejorado profundamente las condiciones de vida; y la lucha contra las enfermedades ha alcanzado objetivos que antes parecían imposibles.

Estas son, a grandes rasgos, las dos caras del extenso siglo que acaba de concluir.

Su aspecto más extraordinario ha sido hacer del ser humano el árbitro de su propio destino en mayor medida que todas las épocas anteriores. Como ya he apuntado y como explicaré con mayor extensión en el capítulo que concluye este ensayo, el hombre, tras haberse alimentado durante milenios del conocimiento que le dota de instrumentos para cultivar y excavar la tierra y para agredir a sus semejantes o defenderse de ellos, nunca dispuso de la capacidad de destruir la vida humana y natural hasta sus cimientos. Sin embargo, en el siglo XX ha conseguido ese poder, hasta el punto de tener en sus manos las claves de la conservación o la destrucción no sólo de esta o aquella parte de su mundo o del mundo natural, sino de todo el género humano y del ambiente en el que se desarrolló siempre su existencia.

Por primera vez en su historia, el ser humano se halla ante una dramática encrucijada de dos caminos, el de la agresividad y el del progreso civil, que ya no podrán cruzarse de nuevo jamás. Las alarmas y los peligros han alcanzado su cota más alta. Quizá la mayor de las grandes amenazas inminentes sea la destrucción medioambiental. Existen serias razones para dudar de que los seres humanos, sobre todo aquellos que habitan el mundo rico, tengan la sabiduría de sacrificar el «becerro de oro» de su creciente bienestar económico para perpetuar la

especie y proteger el fundamento natural de la misma. Una vez superada la idea del progreso necesario e inevitable, sólo queda perseguir un progreso posible, guiado por elecciones conscientes pero de enorme dificultad, ya que, como se ha dicho, suponen la renuncia al aumento indiscriminado de los bienes materiales que enriquece aún más a los ricos, agranda las desigualdades, crea enormes problemas de gobierno en un mundo «globalizado» por el mercado único aunque fragmentado por conflictos de todo tipo y contamina la atmósfera, la superficie terrestre y el subsuelo. Aquellos que trabajan con la hipótesis de que el siglo que acaba de comenzar está destinado a ver el enfrentamiento entre las grandes culturas no cuentan con que la consecuencia probable sería el fin de la civilización, una «guerra de todos contra todos», sin vencedores ni vencidos.

1. El siglo XX como periodo histórico

Toda historia escrita surge de los interrogantes de nuestra conciencia y es, por tanto, un proceso de autoconciencia que intenta responder a las preguntas que el presente formula al pasado y que éste contesta ofreciendo su archivo de hechos y documentos para que los seleccionemos y les demos una interpretación. Se podría decir también que la investigación histórica satisface una necesidad de construcción de identidad que, a través de sus distintas expresiones, pone rostro a la cultura y a la vida de una época determinada.

Benedetto Croce expresó este concepto de un modo clásico, afirmando que el estudioso escribe historia y el hombre culto la lee por necesidades espirituales y prácticas que la vida sugiere e incluso impone. A este propósito, escribió unas famosas palabras:

Es evidente que sólo el interés por la vida presente puede llevarnos a indagar en un hecho pasado, el cual, en tanto que

se identifica con un interés por la vida presente, ya no responde a un interés pasado, sino a un interés presente¹.

Y puesto que estas necesidades no son genéricas o indeterminadas, sino específicas y concretas, el historiador no estudia un todo indeterminado, sino aquellos aspectos de los hechos a los que su conciencia atribuye sentido a través de su propia investigación.

Según esto, todas las obras históricas son producto de elecciones intelectuales, de directrices de escuela, de propuestas interpretativas y de los resultados que obtiene cada autor. Por otro lado, están destinadas al encuentro con los lectores, los cuales, al inclinarse por un determinado libro de historia, manifiestan elecciones culturales y espirituales que los empujan hacia ese campo de interés y no hacia otro, hacia aquel libro y no hacia otro, hacia un cierto argumento o ensayo que trata de una cosa y no de otra, o bien hacia el conjunto de una obra cuando lo que se desea es captar los nexos generales.

Así pues, lo que vincula al autor con el lector es una red de problemas. El uno formula y se formula interrogantes, ofrece y sugiere sus interpretaciones; el otro tiene sus propios interrogantes, y para satisfacerlos acude a ciertas páginas, constata la capacidad de persuasión de las interpretaciones que se le ofrecen y quizá formula otras suyas. Si no se diera por descontado este vínculo espiritual entre ambas partes, al mismo tiempo orgánico y críticamente dialéctico, desaparecerían los motivos para escribir y leer historia.

Si digo todo esto no es por el gusto de exponer razonamientos generales y casi evidentes de carácter metodológico, sino en estricta relación con el complicado objetivo

de escribir una «introducción» a los hechos del siglo XX. Quien, como el que escribe, lo hace eligiendo necesariamente unos itinerarios y no otros, y, al mismo tiempo, dejando entrever evidentes lagunas objetivas y subjetivas, debe proporcionar algunas aclaraciones preliminares sobre la dirección elegida.

Puesto que aquí se trata de una reflexión sobre la historia del siglo XX, habrá que justificar el porqué de esa periodización. En efecto, escribir la historia de un siglo sin reducirla a pura cronología, por muy razonada que ésta sea, es un asunto que plantea problemas indudables y está lleno de riesgos. Se podría pensar que tal periodización responde esencialmente a la necesidad de dar a conocer los acontecimientos de unos tiempos muy cercanos a nosotros y de reflexionar sobre ellos. Un objetivo nada desdeñable ni carente de utilidad. En efecto, con esta obra, el autor también ha pretendido ofrecer un análisis del pasado más próximo a nosotros, pero limitarse a eso equivaldría a quedarse en un ámbito historiográficamente poco adecuado e insuficiente. En resumen, para que un periodo histórico adquiera auténtica sustancia historiográfica es imprescindible que se le puedan atribuir características propias y específicas respecto a los periodos anteriores. ¿Posee el siglo XX esos significados?

Tradicionalmente, la historia se divide en Antigua, Medieval, Moderna y Contemporánea. Esta división—como se desprende de un somero examen de los términos— es un producto típico de la cultura europea y occidental y de la centralidad que se asigna a los hechos históricos del Viejo Continente. En efecto, el fin de la Edad Antigua se hace coincidir con la caída del Imperio

romano de Occidente en el año 476; el de la Medieval, con el descubrimiento de América en 1492 por los navegantes europeos; el de la Moderna, con la Revolución Industrial y las revoluciones americana y francesa, que cambiaron la faz política y social de Estados Unidos y de Europa y dieron origen a una «civilización occidental» de matriz europea que, mediante un proceso de hegemonía y conquista, influyó profundamente en el resto del mundo.

Quien esto escribe cree, por muchas y persistentes razones, que el periodo que se abrió con la segunda mitad del siglo XVIII y el comienzo del XIX continúa siendo válido como inicio de la edad «contemporánea», porque en ese momento comenzaron fenómenos tales como la industrialización, las concepciones modernas del liberalismo, el constitucionalismo, la democracia, el cesarismo autoritario, las corrientes ideológicas y las primeras organizaciones vinculadas a la aparición en escena de las masas, los conflictos políticos y sociales relacionados con el capitalismo de la gran fábrica y con la «cuestión social», los internacionalismos de distintos bandos y las guerras que inauguraron la serie de los grandes conflictos mundiales.

No es casual que esta secuencia de la historia mundial lleve la impronta de los valores de la cultura europea, cuya esencia es la idea de la centralidad de Europa, por la que los hechos de otras partes del mundo se remiten siempre a los suyos propios. Por encima de las críticas contra esa centralidad, entendida como una «imposición» europea frente al resto del mundo, me parece necesario confirmar que no se trata de un hecho «arbitra-

rio», sino de la consecuencia de un fenómeno objetivo: la creciente expansión mundial de la potencia europea desde el siglo XVIII, determinada por el capitalismo, el Estado moderno, la racionalización administrativa, la revolución científica, el industrialismo y el desarrollo tecnológico, por una enorme superioridad militar y por una capacidad organizadora sin parangón para movilizar y utilizar recursos humanos y materiales.

La enorme trascendencia histórica del fenómeno fue descrita con gran eficacia por el historiador asiático Kavalam M. Panikkar, cuyo estudio, aunque limitado a la relación entre Asia y Europa, es válido también para la relación del Viejo Continente con el resto del mundo. A propósito de los efectos del «dominio marítimo de Asia» por los europeos desde la llegada de Vasco da Gama, Panikkar escribe:

Los cambios que causó de un modo directo, y las fuerzas que indirectamente puso en movimiento en aquellos países asiáticos que mantuvieron el contacto con Europa durante cuatrocientos años y se vieron sometidos durante más de un siglo al dominio de Occidente, produjeron en esos países transformaciones que afectaron prácticamente a todos los aspectos de la vida².

Es precisamente el conjunto de factores con que la conciencia europea –aunque no sólo ella– justificó la idea de su centralidad lo que nos brinda la clave para concebir el siglo XX sobre todo –aunque no sólo, evidentemente– como el periodo en el que esa centralidad, afirmada de un modo irresistible durante el siglo XIX, entró

en crisis y desapareció. El proceso, que abarcó desde los comienzos del siglo hasta 1945, cambió radicalmente el curso de la historia universal tal como se venía delineando desde el siglo XVI y sentó sobre bases completamente nuevas el de los cincuenta años siguientes.

Por eso nos ha parecido oportuno comenzar por tal proceso, para luego continuar con el análisis del «triunfo» del industrialismo y de la tecnología y de los dilemas que de ellos se derivan, de las luces y las sombras del desarrollo económico, de los conflictos sociales y políticos, de las guerras mundiales, del choque entre las democracias por un lado, y entre los autoritarismos y los totalitarismos, por otro, de la Guerra Fría y la lucha entre el «Oriente» comunista y el «Occidente» capitalista, de la descolonización y los problemas del Tercer Mundo, de la integración europea, de la aparición de los movimientos religiosos integristas, de la caída del imperio soviético y del paso de la sociedad industrial a la sociedad posindustrial, coronado por la llegada de la globalización.

2. La crisis de la centralidad europea, las guerras mundiales y la redistribución del poder mundial

La crisis de la centralidad europea y la redistribución del poder mundial se cuentan entre los principales elementos caracterizadores del siglo XX, tal y como ha comprendido y expresado, entre otros, el historiador holandés Jan Romein, que, como dice el título de una obra suya muy conocida, lo consideró «el siglo de Asia», por haberse producido en ese tiempo primero el «despertar» y luego el renacer del mayor de los continentes¹: despertar y renacer dirigidos contra la dominación europea.

No es casual que este autor comience su obra histórica con el inicio de nuestro siglo, ya que en Asia «el proceso de nacionalización y modernización tuvo su comienzo efectivo en torno al año 1900», con el resultado de que cincuenta años más tarde se había encontrado «a sí misma» y Occidente no tuvo más remedio que comenzar «a entender que Europa y América, pese a su grandeza actual y a la tradición de su espléndido pasado, han de-

jado de ser el único ejemplo, la única medida de la “civilización”».

Pero además de asistir a la reconquista de su destino por parte de Asia, el siglo XX conoció el fin del colonialismo en África. Aquellos «imperios políticos», que –en palabras de John D. Fage, uno de los estudiosos más insignes de la historia africana– «con tanto orgullo y tanta confianza fueron proclamados [...] a finales del siglo XIX y comienzos del XX como una extensión inevitable y permanente de la cultura europea», se enfrentaron a su crisis irreversible durante los años sesenta y cayeron definitivamente en la década de los setenta².

Por otra parte, si durante el siglo XX se produjo un cambio drástico en las relaciones de Europa con el mundo que ésta dominaba desde el siglo XVI, también tuvo lugar un cambio no menos radical dentro del propio Occidente a raíz del impetuoso ascenso, precisamente a comienzos del periodo que abre esta obra, de los Estados Unidos, que en ese momento afirman su primacía económica mundial, su hegemonía sobre Iberoamérica y también, por efecto de la Segunda Guerra Mundial, su superioridad militar, indiscutible desde la caída de la Unión Soviética.

Es, pues, el siglo XX la época del ocaso de varios imperios seculares, de las dos guerras mundiales, de grandes revoluciones –las mayores de las cuales determinaron la formación de la Unión Soviética y de su imperio, derrumbados a finales de los años ochenta y comienzos de los noventa, y de la China roja–, del arrollador episodio de los regímenes fascista y nacionalsocialista y de las luchas por la liberación colonial. Fenómenos grandiosos que han cambiado de un modo radical la faz del mundo

y han causado una profunda redistribución del poder a escala planetaria y la aparición de nuevas formas de gobierno, entre las que sobresalen por su novedad y sus consecuencias los totalitarismos.

Durante la primera mitad del siglo XX, los periodos cruciales para la maduración de la crisis, el colapso y caída de la centralidad europea que se había consolidado durante el XIX fueron, respectivamente, los años comprendidos entre 1898-1905 y 1917-1918, 1917-1918 y 1939-1941 y, finalmente, el momento de la Segunda Guerra Mundial.

El reto a la centralidad de Europa se produjo a caballo de los siglos XIX y XX, cuando no sólo las apariencias hablaban aún a su favor. En efecto, el Viejo Continente mantenía su potencia industrial y militar sin parangón, pero el desafío estaba ya en marcha. Casi al mismo tiempo, los Estados Unidos se lo plantean a Occidente, y Japón, a Oriente, tanto en el aspecto económico como en la relación de poder en el plano internacional.

Hacia el año 1900, pese a ser todavía un país fundamentalmente agrario, los Estados Unidos no sólo se convirtieron en la mayor potencia industrial del mundo, sino que se erigieron en patria triunfante del capitalismo y con ello renovaron, esta vez a su favor, el mito de país de vanguardia en materia de tecnología e innovación empresarial que antes había pertenecido a Inglaterra.

De todos los cambios que experimentaron los equilibrios del poder mundial entre finales del siglo XIX y comienzos del XX –escribe Paul Kennedy–, ninguno tan determinante para el futuro como el auge de los Estados Unidos [...] Los Estados

Unidos disfrutaban de todas las ventajas que otras potencias poseían sólo en parte, y no tenían ninguno de sus inconvenientes³.

Aquella potencia económica en imparable crecimiento expresó de un modo significativo durante el periodo su nueva voluntad de intervenir en primera persona en los conflictos interimperiales. Se produjo entonces un asalto violento y definitivo al tambaleante imperio español con la guerra de 1898, que expulsó de Cuba, Puerto Rico y Filipinas a la que había sido la primera gran potencia europea. Inmediatamente después, en 1899, los Estados Unidos, siguiendo la llamada política de «puertas abiertas», reivindicaron frente a las potencias de Europa su derecho a la penetración comercial en China, una política consolidada en la realidad con la intervención militar contra los bóxers en 1900, al lado de las potencias europeas.

Poco después de que los Estados Unidos descargaran su golpe mortal contra la residual potencia colonial española, Japón, que había iniciado su proceso de modernización treinta años antes, a raíz de las grandes reformas de la época Meiji, infligió otro golpe no menos revelador pero mucho más impresionante a la Rusia zarista durante la guerra de 1904-1905.

Los principales efectos de la derrota rusa, absolutamente inesperada, fueron cuatro: el primero, una modificación profunda de las relaciones de poder en el sureste de Asia; el segundo, la crisis del régimen zarista, que se manifestó en el estallido de la primera de las revoluciones rusas que conducirían en 1917 a la caída del imperio, con profundas consecuencias en el plano mun-

dial; el tercero, el haber impreso una enorme aceleración al «despertar de Asia» y a los nacionalismos antieuropeos, y el cuarto, nada desdeñable, el haber contribuido al hundimiento «definitivo» –como apuntó Napoleone Colajanni, un agudo observador italiano– «de la teoría, o mejor, de la novela científica» inventada por la «antroposociología» racista que establecía la superioridad imbatible de los blancos⁴. John Halliday ha subrayado con acierto todos estos aspectos:

La victoria aumentó enormemente el prestigio de Japón en Asia. Era la primera vez en varios siglos que un país no europeo derrotaba al ejército de una potencia imperialista. Aunque la revolución rusa de 1905 apenas tuvo consecuencias políticas en Japón, la combinación de esa revolución (la lucha contra la autocracia) con la victoria japonesa (Asia derrota a Europa) ejerció un poderoso influjo en todo el Tercer Mundo, donde ambos aspectos se fusionaron política y psicológicamente⁵.

Pero si la centralidad europea tuvo que afrontar retos llegados del extranjero, como el japonés y el estadounidense, del propio seno de Europa surgieron desafíos no menos importantes para el equilibrio del Viejo Continente, con consecuencias muy desestabilizadoras para el mantenimiento de su primacía mundial. Hablamos del «asalto» de Alemania –que comenzó con el siglo– a las posiciones de poder de Inglaterra y Francia; de las distintas pero igualmente letales crisis internas del Imperio zarista, minado por la revolución social y nacional, del Imperio de los Habsburgo, cada vez menos capaz de hacer frente a las tensiones entre las nacionalidades, y del